



El secuestro de la experiencia: una lectura de Walter Benjamin desde Suely Rolnik

Paula Massano*

Hacia una nueva barbarie: diagnóstico benjaminiano de la caída de la experiencia

En 1933 Walter Benjamin (1892-1940) escribió quizás el ensayo más conocido sobre la cuestión de la experiencia: *Experiencia y pobreza*. Aquí retoma la cuestión de la experiencia, pero no ya desde una dimensión epistemológica, sino como una experiencia compartida, comunicable a través del lenguaje y que requiere de una apropiación activa.

Comienza el escrito recuperando una de las fábulas de Esopo, *El labrador y sus hijos*, donde cuenta que un anciano, antes de morir, hace saber a sus hijos que en su viña hay un tesoro escondido; sólo se requiere excavar para encontrar el tesoro. Tras su muerte los hijos excavan y excavan sin encontrar el más mínimo rastro del oro. Pero al llegar el otoño, la vendimia fue la más productiva que la de cualquier otra viña. Así, “los hijos comprendieron que el padre les había legado una experiencia: la riqueza no está en el oro, sino en el esfuerzo” (Benjamin, 2007, p.217)

En esta fábula de la niñez que aparece en los libros escolares Benjamin encuentra, desde un tono nostálgico, el concepto de experiencia que echa de menos, aquella experiencia que los mayores daban a los jóvenes y que parece estar perdiéndose. Pues se pregunta “¿Dónde podemos encontrar a alguien que sepa relatar bien algo? ¿Dónde hay moribundos que digan frases que pasen de generación en generación, al modo de un anillo?” (Benjamin, 2007, p.217). El autor entiende la experiencia como una enseñanza que hay que desentrañar o aprender y ejercitarse por experiencia propia. La experiencia es tal cuando puede ser compartida, cuando es colectiva,

* Universidad Nacional de La Pampa / Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba - paumassano@gmail.com

es decir, requiere fundamentalmente de la interacción con otros, es una invitación a realizar una experiencia propia.

Cabe preguntarse pues, ¿Qué es lo que ha llevado a la pérdida de la experiencia? ¿Qué acontecimientos han marcado la caída de la experiencia? Benjamin está pensando en su tiempo, busca diagnosticar para trazar posibles líneas de recuperación. En tiempos de posguerra, entre 1914 y 1918, es claro que “la cotización de la experiencia se ha venido abajo” (Benjamin, 2007, p.217) ello se debe a que esa generación ha sufrido una de las experiencias más terribles de la historia.

La Gran Guerra representa el punto culminante de la caída de la experiencia, principalmente por dos factores. Por un lado, el cambio. Los que volvieron de la guerra encontraron que todo menos las nubes habían cambiado. Este cambio voraz impide que el hombre pueda digerirlo, comprenderlo, asimilarlo, de esta manera han quedado mudos, encerrados, ha dejado de vivir su sociabilidad. (Benjamin, 2007).¹ El segundo factor tiene que ver, con la desproporción entre la capacidad de captar y expresar, aclara Amengual (2008) “tanto la gravedad de los acontecimientos como su desproporción con respecto a la capacidad de asimilarlos apunta a que la experiencia no se pierde por falta de hechos y acontecimientos, abundantes e impresionantes, sino por exceso” (p.40). Estos acontecimientos, como las experiencias de las guerras de trincheras, las experiencias de una economía de la inflación, la experiencia corporal del hambre, los paisajes derruidos, superan la capacidad humana de comprenderlo y arruinan el suelo de experiencias a partir de las cuales se puede invitar a nuevas experiencias. La posguerra, dejó un mundo fragmentado, que al mismo tiempo evoluciona rápidamente, una evolución que se hace eco de la fractura, que impide la continuidad, que hace imposible compartir y transmitir las experiencias.

Esta evolución acelerada lleva a Benjamin (2007) a postular que otro de los hechos causantes de la desaparición de la experiencia es el “despliegue formidable de la técnica” (p.217). La caída de la experiencia no se debe a la falta de ideas y de ofertas, sino más bien lo opuesto, una nueva miseria cayó sobre los hombres, que tiene que ver con “la sofocante riqueza de ideas que se han difundido entre la gente (o que más bien se les vino encima)” (p. 218). A este fenómeno Benjamin lo asocia con el proceso de

1 Esta descripción aparece también, sólo con algunas diferencias, en *El narrador* véase Benjamin (2008, p.60)



galvanización, es decir, se produce un encubrimiento de las ideas. Esta miseria se ha puesto de manifiesto con la técnica, en el sentido de que no se tiene con ella una relación “aurática”²; la técnica no es asumida e integrada en el mundo humano, sino que a modo de instrumento busca más bien dominarlo y desfigurarlo. La técnica cambió el mundo convirtiéndolo en anónimo, aislando, aislándonos. Se ha vuelto una fuente inagotable de estímulos y de señales que provoca una desproporción entre lo que puede captar y expresar, en donde más que comunicar, absorben. Pues, “se muestra con claridad que la pobreza de nuestra experiencia es tan solo una parte de la gran pobreza, que ahora ha vuelto a recibir un rostro” (Benjamin, 2007, p. 218) como lo reflejan las máscaras desfiguradas de aquellas grandes pinturas de Ensor.

Ante este diagnóstico Benjamin (2007) no puede más que preguntarse “¿qué valor tiene toda la cultura cuando la experiencia no nos conecta con ella?” (p.218) La cultura ya no genera lazos entre los hombres, no parece haber una relación entre las distintas generaciones, porque no hay una experiencia que nos vinculen con el patrimonio cultural, con los demás. Caminamos entre la multitud como el personaje de Edgar Allan Poe³, que, sin rumbo fijo y coordenadas ordenadoras circula por la gran ciudad. Pero, para Benjamin, esta pobreza no se da sólo en el ámbito de la experiencia privada, sino en la humanidad en general. Es pues, “una especie de nueva barbarie” (Benjamin 2007, p. 218).

Nueva barbarie que marca las posibilidades de un nuevo comienzo. Es justamente esta extrema pobreza la que marca la posibilidad misma de la experiencia, de la misma forma que Descartes, Einstein, Brecht y Loos tuvieron que comenzar de nuevo, desprenderse de lo tradicional por más que sea muy valioso, y mirar hacia adelante. Si bien el autor de *Experiencia y pobreza* (1933) sostiene que los intelectuales de la época concuerdan con una “falta de ilusiones” (Benjamin, 2007, p. 219) y por ello, una aceptación de lo que les tocó vivir, Benjamin busca un sentido positivo de la barbarie, a modo de una liberación de aquellas cargas inútiles que obstruyen el ca-

2 Para un análisis más profundo de la pérdida del aura y la reproductibilidad técnica véase: Benjamín (2008): “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, en *Obras*, libro I, vol. 2, pp. 49-85.

3 Véase: Edgar Allan Poe (s/f) “El hombre de la multitud” [En línea] Consultado el 7/12/2017. https://posgrado.uvq.edu.ar/file.php/2116/Poe_-_El_hombre_de_la_multitud.pdf

mino a la creatividad y de la libertad. Amengual (2008) lo llama “una huida para adelante, un *tour de force* para hacer de la necesidad virtud” (p. 43), es una especie de olvido para poder pensar por sí mismo, “desprendiéndose del peso de la tradición que nos hipoteca o nos ahoga” (p. 43).

Esta mirada positiva de la barbarie pone en evidencia que la experiencia no es una mera acumulación, tampoco la podemos heredar sin apropiárnosla. Asumir la pobreza de la experiencia de la época, para tomar conciencia de ella puede convertirse en el factor que posibilite nuevas experiencias, puede devenir la barbarie en una “nueva belleza”⁴. Otro elemento positivo de la lectura benjaminiana de la barbarie resalta Amengual (2008, p.44) tiene que ver con la “interrupción” como categoría contrapuesta a la de sistema o la idea de progreso. Este último se presenta como una clausura o encubrimiento de la discontinuidad por tratar de crear una continuidad que no es más que aparente. La lectura benjaminiana positiva de la barbarie, nos permite poner de manifiesto las grietas, entendiendo que la experiencia es posible a modo de relámpagos. No es que el sujeto desee una experiencia nueva, sino que más bien es el presentimiento de que quiere librarse de las experiencias, para poder manifestar su pobreza para que desde allí surja algo decente (Benjamin 2007, p.221).

¿Pérdida de la experiencia en América Latina? Una lectura de la experiencia en Suely Rolnik

Como en Walter Benjamin, Suely Rolnik se preocupa y se ocupa de pensar su propio tiempo. Mientras el pensador alemán está examinando la pérdida de la experiencia luego de la Gran Guerra en Europa, la psicoanalista brasileña en *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el*

4 El término “nueva belleza” lo utiliza Benjamin a propósito de la caída de la narración, en su texto *El narrador* (2008b, p.54). Pues bien, sería necio, escribe, percibir el fin de la narración, al igual que la caída de la experiencia como una “manifestación de la decadencia”. Éste es más bien un fenómeno que acompaña la fuerza productiva que hace sentir en la misma caída una “nueva belleza en lo que se desvanece”. En la caída de la experiencia, en esta nueva forma de barbarie se puede señalar algo más de lo que aparece, lo que pone de manifiesto es que lo que se hace presente, no aparece como una totalidad, sino que se hace presente a modo de ruinas, es decir, de manera fragmentada. Esto remite al concepto de aura que Benjamin trabaja en su texto *La obra de arte en la época de su reproductividad técnica* (2008b).



inconsciente (2019) se ocupa de analizar el territorio latinoamericano, entre el período que va de 1930 que precedió a la Segunda Guerra Mundial y, consecuentemente, los años de los régimenes dictatoriales que, se bien fueron disolviéndose a lo largo de 1980, esas fuerzas jamás desaparecieron, generando una especie de, en palabras de Rolnik (2019) “repliegue estratégico temporal al acecho de condiciones favorables para su regreso triunfal, retomando un *looping* que parece nunca tener fin” (p. 90).

¿Qué pasa con la experiencia en este período? ¿qué pasa con la experiencia en estos territorios? Pareciera que ha quedado atrapada en esa “lógica” de *looping* del que es difícil salir. En este apartado nos proponemos ampliar el concepto a la “pérdida de la experiencia” de Walter Benjamin en clave decolonial a partir de las categorías de experiencia subjetiva de sujeto y “fuera-de-sujeto” propuestas por la pensadora brasilera.

Con la caída de la cotización de la experiencia, el auge de los medios de comunicación masiva, la preponderancia de la presa y la novela; se genera una nueva forma de olvido y con ella es como si la facultad de intercambiar experiencias fuera arrebatada, escribe Benjamin (2008b) “es como si una facultad que nos parecía inalienable, las más segura entre las seguras, nos fuese arrebatada. Tal, la facultad de intercambiar experiencias” (p.60).

En el artículo *El Narrador. Comentario sobre la obra de Nicolai Leskov* publicado en 1936 Benjamin comienza a trabajar el vínculo entre la experiencia y la transmisión de la experiencia. Aquí se puede ver claramente expresado que la narración no es sólo una forma de escritura o un género literario. La narración es una “forma artesanal de comunicación” (Benjamin, 2008b, p.71) esto es, no se propone a transmitir una información, la narración lleva impregnado la propia vida del relator, como si fuera una huella.

La nueva barbarie, trajo un cambio en la percepción del mundo y la experiencia que afectan al hombre, lo han imposibilitado de dejar huellas. Benjamin (2008b) sostiene que “cada vez más raro es encontrarse con gente que pueda narrar algo honestamente. Con frecuencia cada vez mayor se difunde la perplejidad en la tertulia, cuando se formula el deseo de escuchar una historia” (p.60). Esto se debe a que hacer experiencia se encontraba íntimamente vinculado con la capacidad de dejar una huella singular que pudiera devenir en un legado compartido. La técnica, parece haber bloqueado cualquier resquicio para dejar una huella.

Esta imposibilidad de dejar una huella singular puede relacionarse con la imposibilidad de dar un consejo. Este es para Benjamin (2008b) uno de los rasgos característicos de muchos narradores natos. Y entiende al consejo como “la continuación de una historia” (p. 63), no como una respuesta a una pregunta o una propuesta, “el consejo, entretejido en la materia de la vida que se vive, es sabiduría” (p. 64). Pues la falta de credibilidad en él no es más que otro síntoma de la decadencia de la comunicabilidad de la experiencia.

Para Benjamin (2008b) se perdió el don de estar a la escucha, porque se extinguió el aburrimiento, éste no es más que “el pájaro del sueño que empolla el huevo de la experiencia” (p. 70). Desapareció para el autor de *El Narrador* la comunidad de los que tienen el oído alerta: “[...]narrar historias siempre ha sido el arte de volver a narrarlas, y éste se pierde si las historias ya no se retienen. Se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se le presta el oído” (Benjamin, 2008b, pp.70-71)

En clave decolonial es posible pensar que hay sujetos, que nunca estuvieron habilitados a dar consejos, hay experiencias que nunca pudieron ser comunicadas, hay historias que no pueden ser contadas porque nunca fueron narradas; porque, como señala Suely Rolnik (2019) el régimen colonial capitalista explota la propia pulsión de creación individual y colectiva e inhabilita cualquier nueva forma de existencia, haciendo de ellas su motor. En otras palabras, es de la propia vida que el sistema moderno/colonial se apropiá, en dos sentidos: por un lado, se apropiá de la potencia creadora en el momento mismo de su impulso, en su esencia germinal; y, en segundo lugar, se apropiá de la cooperación de la cual dicha potencia depende para realizarse en su singularidad “la fuerza vital de creación y de cooperación es así canalizada por el régimen para construir un mundo acorde con sus designios” (Rolnik, 2019, p. 28) propiciando esa suerte de *looping* tan eficaz para el encasillamiento de la experiencia.

Retomar las riendas de esa potencia creadora no es sencillo, en primer lugar, porque no es una cuestión de voluntad, no implica una toma de conciencia. Rolnik (2019) insiste en que es necesario resistir, ¿en dónde?, en el propio campo de la “política de producción de la subjetividad y del deseo dominante” (p. 31), en otras palabras, es necesario resistir en nosotros mismos, en nuestras propias experiencias subjetivas. Buscando vías de acceso a la potencia creadora en nosotros mismos.

Si bien podemos decir que Rolnik reconoce al igual que Bejamin de que la pérdida de la experiencia la ha tornado a esta efímera, es decir, se da en momento breves y fugaces; su consistencia, frecuencia y duración se puede ir ampliando paulatinamente a medida que se trabaja en ello.

El pensamiento de Suely Rolnik (2019) nos habilita a mirar, desde un lente psicoanalítico, qué es lo que sucede con la experiencia en la propia singularidad. En el sujeto mismo, pues, ella distingue dos esferas: la experiencia subjetiva como sujeto, en la que éste descifra el mundo por medio de la percepción para existir socialmente y encajar en una identidad normativa (este modo de subjetividad corresponde a la esfera macropolítica de la vida humana); y la experiencia subjetiva “fuera-del-sujeto” (p.100) que Rolnik lo analiza desde la esfera micropolítica. Esta última, refiere a la experiencia inmanente a nuestra condición de cuerpo viviente, a través de ella aprehendemos el mundo por medio de los afectos. Las experiencias de cada una de estas esferas funcionan según lógicas, escalas y velocidades bien dispares. Si bien, para la autora son simultáneas e indisociables, al mismo tiempo son irreductibles una a la otra. Su relación no es dialéctica, o de oposición, sino que constituye una paradoja, esto es, es una relación ineludible y engendra una tensión constante.

El principal signo del régimen colonial moderno, o como lo analiza la psicoanalítica, del “inconsciente colonial-capitalístico” (Rolnik, 2019), es que los procesos de opresión capturan la “fuerza vital” reduciendo la subjetividad a su experiencia como sujeto, “neutralizando la complejidad de los efectos de las fuerzas del mundo en el cuerpo en beneficio de la creación de un individuo con una identidad” (p. 11). De esta forma el sujeto colonial moderno utiliza la mayor parte de su fuerza vital, su energía pulsional para producir y reproducir una “identidad normativa” (p. 11). Para la autora, es menester introducir un hiato para descolonizar el inconsciente, e introducir una diferencia dentro del proceso de subjetivación, pues, es necesario protestar contra el régimen antopo-falo-ego-logocéntrico, y el primer paso es: “desanestesiar nuestra vulnerabilidad a las fuerzas” para “potenciar la subjetividad en su experiencia fuera-del-sujeto” (Rolnik, 2019, p. 175).

Referencias

- Amengual, Gabriel (2008). Pérdida de la experiencia y ruptura de la tradición. La experiencia en el pensamiento de Walter Benjamin. En: Amengual, Gabriel; Cabot Mateu y Vermal Juan Luis. *Ruptura de la tradición. Estudios sobre Walter Benjamin y Martín Heidegger* (pp. 29-59). Madrid: Editorial Trotta,
- Benjamin, Walter (2007). Experiencia y pobreza. En: Benjamin, Walter. *Obras*, libro II, vol. 1, (pp. 216-222) Madrid: Abada.
- (2008a): La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. En: Benjamin, Walter. *Obras*, libro I, vol. 2 (pp. 49-85). Madrid: Abada.
- (2008b): *El Narrador*, trad. de P. Oyarzun, Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Rolnik, Suely (2019) *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Tinta de Limón.



Cartografías de las memorias: lenguajes de la cultura, cuerpos y escrituras (1a ed.)
Paula Massano y Lucia Rios (Eds.)
Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - Universidad Nacional de Córdoba
Noviembre de 2025 [Libro digital]
Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento - Compartir Igual (by-sa)